

Claves para comprender el nuevo orden internacional

REVISTA PAPELES¹

La sección A fondo de este número de PAPELES resulta singular en varios sentidos. Primero, porque aborda una cuestión de máxima actualidad, el orden internacional que está surgiendo de las ruinas del régimen posterior a la Segunda Guerra Mundial. Y segundo, porque esta vez no se compone de artículos de varios especialistas, sino de una batería de preguntas sobre distintos aspectos de este orden mundial emergente que formulamos a cerca de una veintena de expertas y expertos en los distintos ámbitos. La conversación se estructura en siete bloques que abordan el ejercicio descarnado del imperialismo frente al multilateralismo y la legalidad internacional, América Latina y la Doctrina Donroe, los avatares del vínculo trasatlántico, la situación en Oriente Medio, el posicionamiento de otros actores internacionales, el uso de la fuerza y las posibilidades de la paz, y la relación de este nuevo orden con la crisis ecosocial. El resultado es una conversación coral con numerosas claves para navegar este presente incierto.

La estructura de esta conversación es la siguiente: Bloque 1. Imperialismo y uso de la fuerza: abandono del multilateralismo y desprecio del derecho internacional; Bloque 2. América Latina y la Doctrina Donroe; Bloque 3. Europa ante el nuevo orden de Trump; Bloque 4. Oriente Medio y el nuevo orden; Bloque 5. China, India, Rusia y otros actores frente al nuevo orden; Bloque 6. Un orden internacional cada vez más violento; y Bloque 7. Nuevo orden y crisis ecosocial

¹ Con respuestas de Manuel Monereo, Jose Antonio Estévez Araujo, Renán Vega, Tahina Ojeda Medina, Ruth Ferrero Turrión, Ignacio Álvarez-Ossorio, Isaías Barreñada, Augusto Zamora, Carlos Berzosa, Inés Arco, José Luis Gordillo, Tica Font, Pere Ortega, Rafael Poch-de-Feliú, Jorge Riechmann y Ulrich Brand. Nuestro cálido agradecimiento a quienes han aportado sus respuestas, aportadas antes del 8 de abril de 2026.

A fondo

Bloque 1. Imperialismo y uso de la fuerza: abandono del multilateralismo y desprecio del derecho internacional

PAPELES: ¿Hemos entrado en una era de imperios con sus correspondientes áreas de influencia?

Manuel Monereo: La pregunta, como es normal, lleva implícita una respuesta, una de las posibles respuestas a la crisis del Orden internacional basado en normas impuesto por los EEUU después de la (auto) disolución de la URSS y la correlativa desintegración del Pacto de Varsovia. Eso significó, es bueno recordarlo, el paso de un orden bipolar de ordenación del mundo a otro de carácter unipolar bajo hegemonía indiscutida e indiscutible estadounidense. Ese «orden» y esas «normas» son las que están en cuestión desde hace años y, paradójicamente, canceladas definitivamente por la (hiper) potencia indispensable.

Sintéticamente, se pueden señalar tres posiciones que intentan explicar el tipo de crisis que hay por delante y por detrás del sistema interestatal capitalista hasta ahora dominante. La primera –la pregunta lo sugiere– con Trump, en su segunda versión, estaríamos ante un nuevo sistema de poder internacional basado en tres grandes potencias y sus zonas de influencia mutuas; por lo demás, fuertemente autoritarias y con la Unión Europea situada al margen. La segunda, con diversas variantes, pondría el acento en la gran transición (iniciada en la crisis financiera del año 2008) de un mundo unipolar, organizado y dirigido por el imperialismo estadounidense, a otro (de perfiles difusos e inconcretos) multipolar. En su centro, una radical redistribución del poder en la economía-mundo capitalista. Habría una tercera posición que niega la decadencia o el declive de los EEUU como un viejo y recurrente mito que confunde deseos con realidades. El segundo mandato de Trump, en su primer año, pondría de manifiesto su superioridad político estratégica, su predominio tecnológico y económico, así como su determinación para no dejarse arrebatar los recursos y privilegios que comportaba su poder único.

Una visión realista de las relaciones de poder en mutación haría algunas sugerencias para delimitar la fase histórico social y sus consecuencias. Una, las grandes potencias no desaparecen de un día para otro; pueden colapsar (como la URSS) pero retornan más temprano que tarde (como China). EEUU seguirá siendo una gran potencia durante mucho tiempo e influirá mucho en el mundo

que viene. Dos, la globalización capitalista neoliberal (el proyecto real de nuevo siglo americano) ha tenido dos grandes consecuencias colaterales: la impresionante emergencia de China como gran potencia económica, tecnológica y, cada vez más, político militar, y la crisis de los EEUU como Estado y sociedad. Ambos fenómenos están relacionados y, lo fundamental, contribuyen decisivamente a cuestionar el poder estadounidense. Trump es la expresión de una ruptura, de un conflicto político, cultural y territorial que está transformando radicalmente estructuras e instituciones y que amenaza con la guerra civil. Tres, la creciente erosión de los fundamentos económicos, tecnológicos y comerciales del poder de los EEUU no debería ocultar que este país sigue siendo la mayor potencia político militar y técnico militar del mundo. Nadie posee su capacidad de proyección de fuerza, basado en más 800 bases militares en el extranjero y de una flota capaz de movilizar miles de efectivos, con sus equipos, en cualquier lugar del planeta; una triada nuclear solo comparable a Rusia y un complejo militar, científico e industrial tecnológicamente avanzado e integrado estructuralmente en la economía norteamericana. No daré muchos datos sobre gasto militar, solo indicar que los países de la OTAN gastaron en 2025 cerca de un billón quinientos mil dólares y que Trump ha pedido al Congreso un incremento en el presupuesto militar estadounidense para el 2027 de un 50%, es decir, alcanzar la gigantesca cifra de billón y medio de dólares. Es un presupuesto de guerra. Cuatro, como toda gran potencia cuestionada, el problema de los EEUU es el factor tiempo. Saben –y tienen cada vez más miedo– que en unos pocos años, muy pocos, China, en alianza con Rusia, los alcanzará y los superará militarmente y cuando eso llegue estarán obligados a aceptar que habrá un nuevo orden Internacional, nuevas normas y nuevas reglas que pondrán fin a los enormes privilegios de los que han gozado hasta el presente, comenzando por el dólar como moneda de reserva, continuando por el control del sistema financiero internacional y terminando por los diversos procedimientos para financiar su enorme gasto militar.

Donald Trump vive una contradicción que no es capaz de superar: reconocer que los EEUU no pueden ya seguir mandando como antes y, a su vez, su férrea determinación para no perder poder real, siempre con el objetivo de seguir controlando los destinos de un mundo que ya no acepta la hegemonía de Occidente. A lo que estamos asistiendo no es a un repliegue o a un nuevo reparto del poder entre grandes potencias sino a algo más brutal y dramático: aprovechar la (transitoria) superioridad política militar de la otrora superpotencia para

ganar ventaja, retrasar los cambios e intentar gobernar el proceso. No muy distinto a lo que pensó Biden. Ahora, eso sí, por las bravas, exigiendo todo tipo de tributos de los aliados y reclamando abiertamente su derecho a gobernar el planeta y controlar sus recursos. Dos imágenes lo explican de forma insuperable: la decapitación de los dirigentes con los que se negocia y el etnocidio del pueblo palestino.

PAPELES: ¿Es la «Junta de paz» propuesta por Trump el modelo del nuevo orden institucional que se propugna?

Jose Antonio Estévez Araujo: La Carta fundacional de la Junta de Paz (Charter of the Board of Peace), firmada el 16 de enero de 2016 en Davos, parte de la premisa de que una paz duradera exige un enfoque pragmático, soluciones eficaces y la capacidad de apartarse de instituciones que han mostrado reiteradamente sus limitaciones. Sobre esta base, y subrayando la necesidad de un mecanismo internacional más ágil de consolidación de la paz, se crea la Board of Peace como una organización destinada a promover la estabilidad, restablecer una gobernanza fiable y respetuosa con la legalidad y garantizar una paz duradera en contextos de conflicto o de riesgo de conflicto.

Aunque el Consejo de Seguridad acogió este dispositivo en la Resolución 2803 (2025), lo hizo de forma limitada, como órgano supervisor del plan de paz para Gaza incluido en su anexo, sin integrarlo plenamente en la arquitectura institucional de Naciones Unidas.

El sentido de esta Junta de Paz impulsada en el entorno político de Donald Trump puede comprenderse si se sitúa en el contexto de lo que cabe denominar una multipolaridad sin multilateralismo. Esta expresión describe una situación en la que existen varios centros de poder –Estados Unidos, China, la Unión Europea, India u otros actores regionales–, pero sin un marco institucional común capaz de ordenar de manera estable sus relaciones. A diferencia del periodo anterior, en el que el multilateralismo proporcionaba reglas, procedimientos y mecanismos de resolución de conflictos relativamente compartidos, en el contexto actual esas reglas pierden eficacia y son sustituidas, en muchos casos, por acuerdos *ad hoc*, coaliciones variables y decisiones unilaterales.

Es en este marco donde debe interpretarse la propuesta de una Junta de Paz. No se trata tanto de una institución destinada a sustituir formalmente a Naciones Unidas, cuanto de una manifestación de esa tendencia general hacia formas de gobernanza más selectivas, menos normativas y más directamente vinculadas al poder. Sin embargo, a diferencia de otras iniciativas más difusas, esta propuesta permite observar con especial claridad algunos rasgos característicos del nuevo tipo de orden que está emergiendo.

En primer lugar, destaca la concentración personal del poder. Según los documentos disponibles, el diseño de la Junta contempla el liderazgo permanente de Trump, con funciones que incluyen la fijación de la agenda y la capacidad de veto, lo que rompe con la lógica de mandatos limitados y de equilibrio institucional propia de Naciones Unidas. La toma de decisiones deja así de articularse en torno a procedimientos colectivos y pasa a depender en gran medida de una instancia unipersonal.

En segundo lugar, la participación en este organismo se vincula explícitamente a la capacidad económica. Se han planteado umbrales de contribución muy elevados para acceder a posiciones relevantes dentro de la Junta, lo que introduce una lógica de acceso basada en recursos financieros más que en el principio de igualdad soberana entre Estados. Sin embargo, este criterio convive de manera contradictoria con la presencia o el interés de países con capacidades económicas limitadas, lo que sugiere que la iniciativa funciona también como un espacio de alineamiento político y no únicamente como un «club de grandes potencias».

En tercer lugar, el funcionamiento de la Junta responde a una lógica marcadamente transaccional. Las relaciones entre los participantes no se estructuran en torno a normas generales, sino a acuerdos específicos, negociados caso por caso, en función de intereses estratégicos, financieros o de seguridad. La paz, en este esquema, no es el resultado de un orden jurídico compartido, sino de arreglos contingentes entre actores con diferentes grados de poder.

Estos elementos permiten encuadrar la iniciativa en el ámbito más amplio del abandono del multilateralismo y del debilitamiento del derecho internacional. No porque las instituciones existentes desaparezcan, sino porque su capacidad para estructurar el comportamiento de los actores se reduce progresivamente. La proliferación de foros paralelos y de mecanismos informales desplaza el centro de gravedad desde las reglas hacia la correlación de fuerzas.

Ahora bien, sería excesivo considerar la Junta de Paz como el modelo único o definitivo del nuevo orden institucional. Más bien constituye una expresión particularmente explícita –y, en cierto sentido, extrema– de tendencias que también se manifiestan en otros ámbitos: la creación de coaliciones *ad hoc*, la politización de la cooperación internacional o la fragmentación de los espacios normativos. Su importancia reside, sobre todo, en que hace visible de forma nítida una lógica que ya está operando en el sistema internacional: la transición desde un multilateralismo basado en reglas hacia una gobernanza fragmentada, selectiva y cada vez más dependiente del poder de los actores implicados.

Bloque 2. América Latina y la Doctrina Donroe

PAPELES: ¿Qué se desprende para América Latina de la doctrina Donroe? Entre tanto gobierno sumiso, ¿hay margen para los contestatarios?

Tahina Ojeda Mediana: Cuando en 1823 el presidente de Estados Unidos James Monroe declaró ante el Congreso la conocida frase «América para los americanos», fue interpretado en el sur del continente como un espaldarazo a la independencia de las colonias hispanas y un reto al poder europeo que pretendía mantener a los nuevos estados bajo su influencia.

La historiografía latinoamericana coincide en que la Doctrina Monroe sentó las bases de una política continental con una clara impronta imperialista. Esta doctrina consolidó a Estados Unidos como el árbitro hegemónico de los asuntos hemisféricos, atribuyéndole la facultad de intervenir de facto en los asuntos políticos y económicos de los estados de América Latina y el Caribe (ALC), con acción directa en sus asuntos internos.^{2, 3}

Durante el siglo XIX, mientras los países latinoamericanos definían su identidad nacional y su inserción en la economía global, la Doctrina Monroe ejerció un impacto dual en la región. Por un lado, bajo la narrativa de un escudo protector contra el intervencionismo europeo, fomentó una alineación forzada con Estados Unidos condicionando las dinámicas de poder interno y el reordenamiento de las élites locales.

² Domingo Felipe Maza Zavala, *Hispanoamérica-Angloamérica. Casusas y factores de su diferente evolución*, Editorial Grijalbo, 1994.

³ Demetrio Boersner, *Relaciones internacionales de América Latina. Breve Historia*, Editorial Nueva Sociedad, 1996.

Por otro lado, al consolidarse como un instrumento de hegemonía, proyectó una sombra permanente sobre las relaciones interamericanas reduciendo, en la práctica, a ALC en una zona de influencia supeditada a los intereses estadounidenses. La región quedó relegada a ser el patio trasero de Estados Unidos limitando su soberanía.

La consecuencia directa es la consolidación de una estructura de subordinación periférica de ALC frente a la hegemonía estadounidense, que se mantiene aún en el siglo XXI. Esta asimetría de poder configura una dinámica interamericana pendular, que oscila permanentemente entre el conflicto y la cooperación estratégica. Bajo este esquema, a lo largo de la historia contemporánea los gobiernos de ALC han adoptado distintos perfiles de comportamiento, cuya elección es resultado de un análisis coste-beneficio altamente dependiente del contexto histórico, el nivel de amenaza coercitiva percibido, el alineamiento ideológico hacia Estados Unidos y el grado de cohesión política dentro la región.

Transcurridos dos siglos, la geopolítica global no utiliza la interdependencia como un puente que facilite la cooperación y el intercambio, sino como un arma de guerra para conseguir beneficios individuales de las grandes potencias. Bajo esta perspectiva, las amenazas sobre ALC han evolucionado desde la Doctrina Monroe hacia una presión constante de carácter multidimensional que consigue permear hasta los ámbitos más sensibles de las políticas domésticas. Sin embargo, el cambio más disruptivo en los últimos años se observa en la llamada Doctrina Donroe, con la que el gobierno de Donald Trump ha rescatado la noción de patio trasero al reintroducir la amenaza militar directa como moneda de cambio diplomática.

En este escenario de confrontación, Washington, además, instrumentaliza a ALC bajo una estricta lógica de seguridad nacional diseñada para mermar las capacidades de China como potencia global en el siglo XXI. El fondo de la estrategia aplicada a ALC se despliega en tres dimensiones clave: control de recursos estratégicos, infraestructura tecnológica y control de la deuda externa. Para legitimar su injerencia utiliza un revestimiento discursivo centrado en la lucha contra el crimen organizado y el terrorismo hemisférico, con acciones que terminan por erosionar la soberanía de los estados latinoamericanos, al verse presionados a alinear sus políticas exteriores con las prioridades de la Casa Blanca.

Ante la renovación de las presiones de Washington, las respuestas de los actuales gobiernos latinoamericanos se basan en el mencionado análisis coste-beneficio ba-

sado en una estructura de poder asimétrica. Estas respuestas no son uniformes, pues el margen de maniobra de cada Estado depende, en este momento, de variables como su estabilidad interna, su peso político regional, su nivel de alineación ideológica con Estados Unidos o su grado de dependencia comercial con China. La capacidad de agencia de los gobiernos de ALC se ve relegada a la gestión de estrategias diplomáticas de adaptación y supervivencia ante la intempestiva y coercitiva política exterior del gobierno de Trump. Evidentemente, la repercusión inmediata de esta divergencia es la fractura de la cohesión regional, el abandono de las agendas propias y la creación de nuevos obstáculos para el desarrollo autónomo en ALC.

Finalmente, es oportuno recordar que la historia latinoamericana ha demostrado que mirar acriticamente al Norte y plegarse a los intereses de Estados Unidos ha resultado útil para algunas élites en coyunturas concretas. Sin embargo, en el largo plazo, nunca dio buenos resultados para los estados y los pueblos.

Renán Vega Cantor: La Doctrina Donroe es la proclamación del uso de la fuerza bruta como medio para revertir el declive imperialista. América Latina vuelve a ser considerada el patio trasero de los Estados Unidos, un continente destinado a proporcionarle materia –minerales, recursos forestales, biodiversidad–, energía –petróleo, gas, carbón– y agua a bajo costo. Ya ni siquiera se le considera proveedor de fuerza de trabajo, porque la guerra contra los inmigrantes de la MAGA ha puesto a los trabajadores originarios de América Latina en la mira de los indeseables, que deben ser perseguidos y expulsados de los Estados Unidos.

Para alcanzar ese objetivo supremo de apropiarse de materia y energía es prioritario en términos políticos subordinar a todos los gobiernos de América Latina a la agenda trumpista y a los pocos que se nieguen a aceptar el nuevo orden imperial de garrote sin zanahoria se les convencerá a sangre y fuego. Eso fue lo que se hizo en Venezuela el 3 de enero, en el operativo relámpago y sangriento que condujo al secuestro del presidente Nicolás Maduro y su esposa. Allí se impuso una especie de protectorado semicolonial de índole petrolero, como anticipo de lo que le depara al resto del continente. Y también se demostró que Estados Unidos actúa con la intención de expulsar a sus potenciales y reales competidores en el continente, entre los que sobresalen China, Rusia e Irán.

En la lista sigue Cuba, a la cual se asfixia de manera criminal y genocida, con un acentuamiento del bloqueo, ahora con un bloqueo energético para impedir que

llegue petróleo a la isla, con el fin de hacer insostenible la vida de sus diez millones de habitantes e impulsar un cambio de régimen, según la nueva doxa de la Doctrina Donroe. Porque una Cuba independiente y soberana ya no cabe en los planes de dominio continental, de la Tierra de Fuego hasta Groenlandia, que plantean los nuevos cruzados del decadente imperialismo. Para ellos, todos los países de la región, y sus gobernantes, deben ser peones subordinados y obedientes, dispuestos a regalarle a Washington hasta el último gramo de riqueza y de feriar cualquier atisbo de soberanía e independencia, con tal de complacer al amo imperial.

Respecto a la segunda pregunta, lastimosamente, a la par de la arremetida imperialista no hay respuestas organizadas por parte de los llamados gobiernos progresistas, los cuales se han plegado fácilmente a los dictados de la Casa Blanca. Eso queda demostrado con la aceptación del secuestro de Nicolás Maduro y de su esposa por parte de los Estados Unidos, porque para todos esos gobiernos (Lula en Brasil, Petro en Colombia, y Sheinbaum en México) Maduro era incómodo por haber mantenido la independencia y soberanía con respecto a Estados Unidos. Por eso, ninguno de esos gobiernos realizó ningún acto de protesta serio con referencia a ese hecho vergonzoso en la historia del continente. Ninguno rompió relaciones con Estados Unidos, ni siquiera llamaron a sus embajadores a consultas, ninguno ha planteado la anormalidad continental hasta que no sea liberado el presidente secuestrado, ninguno reclama que sea liberado de inmediato e incluso avalan a la justicia de Estados Unidos como legítima y válida para juzgar a un presidente en funciones. Ninguno tampoco ha propuesto, algo tan elemental como retirar su selección del Mundial de Fútbol que se realizará en Estados Unidos. Todos esos gobiernos han abandonado cualquier atisbo de independencia y soberanía y, en forma pragmática, y sin ningún signo de lucha se han plegado al nuevo orden imperial. En ellos predominan los intereses cortoplacistas y el abandono de cualquier sentimiento antiimperialista y anticapitalista. Por ello, tampoco hay una condena al bloqueo total contra Cuba, salvo algunas manifestaciones del Gobierno de México, que tampoco han sido contundentes, porque ha detenido el envío de petróleo a La Habana.

En esas condiciones de indignidad y entreguismo lo único que queda es la voluntad de lucha de sectores de la población en cada uno de los países de la región, porque ha quedado claro que con los gobiernos “progresistas” no se puede contar en ningún proyecto de lucha contra la arremetida imperialista.

Bloque 3. Europa ante el nuevo orden de Trump

PAPELES: ¿Ha renunciado la UE a la autonomía en favor del vasallaje?

Ruth Ferrero Turrión: La pregunta de si la Unión Europea ha renunciado a su autonomía en favor del vasallaje parte de un marco interpretativo que conviene problematizar. Más que una dicotomía entre independencia o subordinación, lo que encontramos es una tensión estructural entre interdependencia, dependencia y capacidad de agencia en un contexto internacional crecientemente competitivo. La UE no ha «renunciado» de forma explícita a su autonomía; lo que sí se observa es



una combinación de dependencias históricas, limitaciones internas y respuestas estratégicas incompletas que reducen su margen de acción. En el contexto actual, con una guerra en Ucrania y la guerra lanzada por Estados Unidos e Israel contra Irán en marzo de 2026, se han acelerado tendencias previas que incluyen el creciente unilateralismo estadounidense, la erosión del vínculo transatlántico y la toma de conciencia europea sobre sus propias limitaciones estratégicas.

Más que confirmar una situación de vasallaje, lo que este nuevo contexto pone de manifiesto es la crisis de los marcos cognitivos que durante décadas han estructurado la política exterior y las alianzas estratégicas europeas. La premisa de un alineamiento casi automático con Estados Unidos, basado en la idea de comunidad de valores, intereses compartidos y previsibilidad estratégica, se ha visto profundamente cuestionada. La intervención unilateral en Irán, que implica un alto

riesgo de escalada regional, ha evidenciado que Washington actúa cada vez más en función de sus propias prioridades geopolíticas, incluso cuando estas no coinciden plenamente con los intereses europeos. Algo que se intuía en anteriores mandatos, pero que Donald Trump ha explicitado de manera cruda.

Este cambio no implica una ruptura inmediata del eje transatlántico, pero sí introduce una fractura significativa en su legitimidad política. Algunos Estados miembros, especialmente aquellos más dependientes de la estabilidad energética y de las rutas comerciales globales, han comenzado a revisar sus posiciones. Se observa así un desplazamiento, todavía incipiente pero relevante, hacia una mayor disposición a pensar la autonomía estratégica no como un concepto retórico, sino como una necesidad práctica.

En este sentido, la guerra contra Irán ha tenido un efecto paradójico ya que ha puesto de relieve la persistente dependencia europea, en términos de seguridad, inteligencia y capacidad operativa, al tiempo que ha activado dinámicas políticas orientadas a reducirla. La UE se encuentra, de nuevo, en una posición reactiva, pero esta reacción puede marcar un punto de inflexión si se traduce en decisiones estructurales y con aspiraciones proactivas.

En el ámbito energético, el conflicto ha reintroducido la cuestión de la vulnerabilidad de los suministros y de las rutas estratégicas. La posibilidad de disrupciones en el Golfo Pérsico ha reforzado la percepción de que la seguridad energética no puede depender exclusivamente de dinámicas externas ni de decisiones de terceros actores. Algunos Estados miembros están comenzando a plantear con mayor claridad la necesidad de diversificar no solo proveedores, tras la desconexión de Rusia y la desconfianza creciente de EEUU, sino también marcos de gobernanza energética, acelerando inversiones en renovables y revisando acuerdos existentes desde una lógica más estratégica. El Pacto Verde, aparcado durante meses, se ha demostrado imprescindible.

En materia de defensa, el unilateralismo estadounidense ha reabierto el debate sobre la fiabilidad del paraguas de seguridad tradicional. Si hace apenas un mes el debate se situaba en el reforzamiento de las capacidades propias, en términos industriales y operativos, sin abandonar la OTAN, hoy, ante la amenaza estadounidense de abandonar la Alianza, el eje del debate se ha movido, porque podría suceder que la OTAN dejara de existir, pero porque EEUU se saliera de ella. Ahí ya estaríamos ante la constatación de un escenario cada vez más real, no solo

que la dependencia absoluta limita la capacidad de Europa para posicionarse en conflictos donde sus intereses no están alineados con los de Washington, sino que hay que decidir autónomamente.

Sin embargo, estos desplazamientos no deben sobredimensionarse. La UE sigue enfrentando los mismos obstáculos estructurales que incluyen fragmentación interna, divergencias estratégicas entre Estados miembros y ausencia de mecanismos de decisión ágiles. La reacción al conflicto con Irán no es homogénea; mientras algunos países abogan por una mayor autonomía, otros insisten en vivir un espejismo que plantea que pasado Trump se acabarán los problemas, lo que limita la posibilidad de una respuesta común coherente.

Desde una perspectiva más amplia, lo que emerge es una transición en curso. Europa comienza a cuestionar los supuestos sobre los que ha construido su inserción internacional en las últimas décadas, pero aún no ha definido un modelo alternativo plenamente articulado. La autonomía estratégica está, de este modo, dejando de ser un horizonte abstracto para convertirse en un campo de disputa política concreta, donde se cruzan intereses nacionales, presiones externas y visiones divergentes sobre el futuro del proyecto europeo.

En definitiva, la guerra contra Irán ha caído como un jarro de agua fría (más), un *shock* que ha acelerado la toma de conciencia sobre los límites de su posición actual. De este modo, más que una renuncia, lo que se observa es una autonomía incompleta, tensionada por dependencias estructurales y por un entorno internacional cada vez más volátil. La cuestión clave no es si Europa está subordinada, sino si será capaz de transformar esta crisis en una oportunidad para redefinir su papel en el sistema internacional.

El resultado dependerá de si los movimientos actuales, todavía reactivos y fragmentados, logran consolidarse en una estrategia coherente que combine capacidades materiales, voluntad política e integración institucional. Solo en ese caso podrá hablarse de una autonomía estratégica efectiva; en caso contrario, la UE seguirá oscilando entre la dependencia y la aspiración de autonomía, sin resolver plenamente la tensión que define su posición en el mundo.

Bloque 4. Oriente Medio y el nuevo orden

PAPELES: ¿Qué buscan los EEUU e Israel con el ejercicio de la fuerza en Oriente Medio? ¿Qué respuesta cabría esperar de China y Rusia?

Ignacio Álvarez-Ossorio:

Los objetivos de EEUU e Israel no siempre coinciden. EEUU intenta mantener a toda costa el orden unipolar vigente desde el desmoronamiento de la Unión Soviética en un contexto en el que China amenaza su hegemonía mundial y apuesta por un orden multilateral. Para ello es clave reafirmar su control sobre las reservas energéticas del Golfo Pérsico, que representan el 50% de las



importaciones chinas. En este sentido, es importante tener en cuenta que Irán posee las terceras reservas mundiales de petróleo y las segundas de gas, pero no están siendo explotadas a pleno rendimiento debido a las sanciones que sufre desde hace dos décadas. Además, debe tenerse en cuenta que Oriente Medio es un paso obligatorio del comercio entre Occidente y Oriente y ha aumentado su peso específico al convertirse en un nodo logístico en el marco de la Iniciativa de la Franja y la Ruta, también conocida como la nueva Ruta de la Seda. De hecho, China ya es el principal socio comercial no solo de Irán, sino también de Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos. Estos tres países se han incorporado al bloque de los BRICS+, lo que puede considerarse un punto de inflexión en una zona que tradicionalmente había estado bajo dominio de EEUU. Con su ataque contra Irán, Trump pretende, entre otras cosas, reafirmar la hegemonía estadounidense en una zona de gran importancia geoestratégica y frenar la presencia de China en el Golfo.

Por su parte, Israel también intenta aprovechar el respaldo incondicional de EEUU y el silencio cómplice de la UE para redibujar las fronteras de Oriente Medio al entender que las fijadas por británicos y franceses en Sykes-Picot no reflejan el actual reparto de fuerzas. Es en este marco en el que hay que contemplar el genocidio en la Franja de Gaza y la anexión de facto de dos tercios de Cisjordania, que sorprendentemente no han generado ningún tipo de respuesta ni sanciones por parte de la UE, lo que ha sido contemplado por Netanyahu como un cheque en blanco para imponer su proyecto hegemónico en la región. El único escollo para implantar un Gran Israel que abarque todo el territorio comprendido entre el río Jordán y el mar Mediterráneo, así como el sur del Líbano y, probablemente, de Siria, era Irán y su Eje de Resistencia. Es la primera vez que EEUU e Israel se coordinan de manera tan estrecha para imponer este proyecto mesiánico y supremacista a costa de los palestinos y del resto de los pueblos de la región.

En cuanto a la posición de Rusia y China tampoco cabe hablar de un frente unido. Si bien es cierto que Irán es aliado de ambos, lo cierto es que ninguna de las dos potencias intervendrá militarmente en su favor. Rusia se encuentra empantanada en Ucrania y carece de recursos para acudir al rescate de Irán. Además, su posición en la zona es limitada, sobre todo tras la caída de Bashar al-Asad en Siria. En todo caso, creo que la prolongación de la crisis podría resultarle beneficiosa, al desviar recursos militares de EEUU hacia el Golfo y al beneficiarse del alza del precio del petróleo. Por lo tanto, su principal interés es mantener la crisis cuanto más tiempo mejor. En cuanto a China, podríamos pensar que es el principal perjudicado, puesto que depende energéticamente del Golfo, pero ya había anticipado con antelación la situación y cuenta con reservas estratégicas para los próximos meses. El hecho de que EEUU haya abandonado a su suerte a las monarquías árabes del Golfo y no haya impedido los ataques contra sus infraestructuras energéticas podría favorecer el fortalecimiento de las relaciones bilaterales de dichos países con Beijing en el futuro, ya que es contemplado como un socio fiable que apuesta por la estabilidad y el desarrollo y, además, no interfiere en los asuntos domésticos de sus aliados.

Isaías Barreñada: Esta es una guerra provocada por Israel, que ha arrastrado a Estados Unidos aprovechando su capacidad de convencer a un presidente ególatra, necio y carente de principios. Dos países que disponen de medios militares y tecnológicos sofisticados que les dan una ventaja sin parangón en cualquier conflicto, y están dispuestos a utilizarlos de manera despiadada.

En cierta manera la guerra contra Irán es una prolongación de la de Gaza. Después del genocidio de Gaza, Israel ha asumido que definitivamente se ha pasado página a un posible horizonte de normalización y aceptación en la región. Israel es un cuerpo colonial extraño a la región, que solo admite un estatus de privilegio, que nunca aceptará una solución justa a la cuestión palestina y que su proyecto estatal es incompatible con una relación normal con sus vecinos.

Israel ha provocado una hecatombe que ha dado una nueva dimensión a la centenaria cuestión palestina. Todos hemos constatado con horror la desmesura de la violencia utilizada y con bochorno la complicidad de los aliados occidentales de Israel. Las actuales autoridades de Tel Aviv han dicho bien claro que no quieren un Estado palestino a su vera y que asumen tener que vivir en estado permanente de guerra en un entorno hostil. Sin ningún empacho y con orgullo Netanyahu ha usado la fórmula de que Israel debe ser una nueva «super Esparta».

Más allá del golpe fatal a los palestinos, tanto de Gaza como de Cisjordania, la guerra ha golpeado Yemen y asolado Líbano y Siria. El elemento pendiente y mucho más correoso es Irán. Esa es la razón de la guerra de 2026: anular la amenaza existencial que supone una potencia regional que cuestiona la legitimidad de Israel. Y eso mediante la derrota militar, la destrucción del país o sembrando el caos regional, y pretendiendo que los pueblos exhaustos se resignen y acepten los planes decididos desde fuera y en función de intereses ajenos. A Israel le interesa un Oriente Medio fragmentado y disfuncional.

Israel tiene un plan claro: asestar el mayor golpe posible a Irán para disuadirle de cualquiera amenaza y para debilitarle política y económicamente, todo ello de manera rápida y contundente dadas sus propias limitaciones. Estados Unidos no tiene un plan propio, a pesar de la retórica trumpiana de «rematar» la vieja disputa con Teherán que le obligó a un vasto despliegue militar y a una tutela de las monarquías. Al contrario, Washington se ha embarcado en una guerra que se ha empantanado, echando al traste la arquitectura de seguridad construida hace décadas en el Golfo, perdiendo aliados, y sufriendo una derrota simbólica a pesar de su ventaja tecnológica militar. El «Oriente Medio post americano» planificado y gradual, puede precipitarse de manera catastrófica.

Sin embargo, a diferencia de Gaza, ante la ilegalidad manifiesta de esta guerra contra Irán, los aliados de Estados Unidos se han desmarcado, negándose a su-

marse a la ofensiva o a asumir tareas colaterales; un buen grupo de europeos han negado incluso el uso de las bases americanas o el sobrevuelo de sus respectivos territorios a los aviones de Estados Unidos implicados en la agresión.

La respuesta de China y de Rusia, ambos miembros permanentes del Consejo de Seguridad, ha sido denunciar la ilegalidad de la agresión contra Irán. Son conscientes que el Consejo no va a intervenir para censurar a Estados Unidos e Israel; una prueba más del bloqueo de la arquitectura onusiana para garantizar la paz internacional. Rusia, socio militar y tecnológico de Irán, está centrada en la guerra en Ucrania, y tiene importantes compromisos con Israel y Estados Unidos. China es quien más sufre las consecuencias económicas de la situación por su dependencia de los hidrocarburos del Golfo y por su fuerte penetración en los mercados de la región. Ninguno de los dos va a intervenir directamente en esta guerra.

PAPELES: Ante el genocidio de Gaza y la agresión a Irán ¿Qué reacciones cabe esperar entre la población de los países árabes y en otros países musulmanes ante la posición de sus gobiernos?

Isaías Barreñada: Para los países árabes y musulmanes lo que ha vivido Oriente Medio estos últimos 30 meses, tanto en Gaza como en el Líbano y ahora en Irán, no es una sorpresa porque llevan décadas asistiendo a un proceso continuado de violencia que tiene su foco en Israel y en la presencia imperial estadounidense. Sin embargo, es preciso diferenciar lo que ocurre a nivel de los gobiernos y lo que viven las poblaciones.

El objetivo de Israel, desde su establecimiento en 1948, ha sido ser aceptado como Estado legítimo en la región y que su origen colonial sea asumido y normalizado. Sus capacidades militares y su protección diplomática occidental le han permitido presentarse como un hecho irreversible. Durante las primeras décadas, los estados árabes rechazaron a ese «cuerpo extraño» y se negaron a reconocerlo como vecino. Sin embargo, a partir de finales de los setenta, por presión de Estados Unidos y luego de Europa, algunos Estados árabes empezaron a aceptar esa realidad. Egipto, Marruecos y Jordania fueron los primeros. El proceso de paz (1991-2000) pareció propiciar una aceptación regional, pero el fracaso de los acuerdos entre Israel y los palestinos (proceso de Oslo 1994-2000) supo en evidencia que Israel no solo quería ser admitido como Estado de la región, sino que pretendía mantener privilegios, hacer irreversibles los hechos consumados de la ocupación

y obviar el derecho internacional. La «paz de Israel» era ajena a cualquier atisbo de justicia. El bloqueo del proceso de paz (2000-2023) incrementó la violencia contra civiles, la represión de cualquier forma de resistencia, la ocupación y la colonización, el *apartheid*, incluido un castigo colectivo como fue el largo bloqueo de Gaza (2007-2023). La comunidad internacional no reaccionó, al contrario, contribuyó a que la cuestión palestina fuera progresivamente marginada. Más aún, durante la primera presidencia de Trump, varios estados árabes se prestaron a establecer relaciones con Israel (Bahréin, Emiratos Árabes Unidos, Sudán y Marruecos) a cambio de prebendas diversas a manos de Washington: acceso a armamento, dejar de ser considerados estados parias o el reconocimiento de la ocupación ilegal de territorios.

Sin embargo, las poblaciones no siguieron la deriva de sus gobiernos. Los derechos inalienables del pueblo palestino, el colonialismo sionista con su supremacismo cotidiano y el imperialismo estadounidense en la región que ha mantenido regímenes despóticos han sido siempre vividos de manera muy sentida. De hecho, demostrar solidaridad con Palestina, ha sido un acto de rebeldía en muchos países que ha sido reprimido por sus propios gobiernos.

La respuesta de los gobiernos árabes al genocidio de Gaza, con muy pocas excepciones, ha sido tibia e insuficiente; mientras, en las calles, la masacre retransmitida en directo y difundida masivamente por las redes sociales, ha supuesto una convulsión masiva. En numerosos países árabes se prohibieron las manifestaciones de apoyo a los palestinos.

Hoy con motivo de la guerra contra Irán se repite el mismo patrón. Numerosos estados árabes y musulmanes están paralizados y se limitan a condenar tímidamente lo ocurrido, incapaces de disimular su dependencia respecto a los agresores. Mientras que las opiniones públicas, sin identificarse necesariamente con el régimen iraní, ven en esa guerra un nuevo episodio de la guerra colonial e imperialista en la región.

Bloque 5. China, India, Rusia y otros actores frente al nuevo orden

PAPELES: ¿Qué papel pueden representar China, la India, Rusia y otros países en el nuevo orden mundial?

Augusto Zamora: Para responder a esta pregunta debemos partir del hecho dominante en nuestra época actual: la sociedad internacional vive un cambio sistémico como no se ha visto desde el descubrimiento del continente que se llamará América. A partir de aquel lejano episodio, el planeta Tierra no solo demostró su redondez, sino que supuso el inicio de la expansión mundial europea y occidental, convertida en menos de



un siglo en hegemonía global. Del siglo XVI al siglo XX, el mundo pasó a girar en torno a las potencias europeas occidentales que, luego de la II Guerra Mundial, pasaron el testigo a las dos superpotencias triunfantes, la Unión Soviética y EEUU. No obstante, aunque la URSS fuera un país euroasiático y EEUU uno americano, ambos compartían un similar patrón: eran, con sus profundas divergencias, potencias de cultura occidental europea, de modo que, aunque divididos por su distinta cosmovisión del mundo, las dos superpotencias prolongaron la hegemonía occidental en el mundo. Esa hegemonía es la que termina.

Resultaría imposible explicar el papel de las nuevas grandes potencias –China, Rusia, India– y de potencias medias emergentes –Brasil, Irán, Indonesia, Pakistán, Sudáfrica–, sin asumir que son ellas las principales protagonistas del cambio sistémico que se vive hoy. Por vez primera en cinco siglos, los países que lideran los

grandes cambios en el mundo, además de no ser ya potencias occidentales, todos ellos, con la excepción de Rusia, eran, al término de la Segunda Guerra Mundial, colonias o neocolonias de potencias europeas y de EEUU. Por esa sumisión forzada, además de no pintar nada en la política mundial, eran territorios expoliados y atrasados a causa del saqueo que sufrían.

En este año 2026, la guerra de agresión de EEUU e Israel contra Irán está sirviendo de ejemplo del choque –brutal, ilegal, inmoral–, entre ese mundo que muere y que tan bien representa EEUU, y el mundo que emerge y que, también, Irán está representando con dignidad y resistencia inesperados. EEUU, con Donald Trump, encarna el imperialismo voraz, violento y brutal que dominó el mundo los últimos doscientos años. Irán, la tenacidad y el rechazo a esa forma de ver y entender las relaciones interestatales. No estamos únicamente ante una nueva y simple guerra entre estados, sino ante dos formas distintas y contrapuestas de ver y entender el mundo. Esa división se refleja en la posición de las grandes y las medianas potencias ante la agresión armada, que es como un anticipo del mundo que viene. Rusia y China apoyan a Irán. Países de la OTAN, a EEUU. Pakistán y Egipto intentan mediar. Pero casi nadie se ha apuntado a sumarse a la guerra contra Irán, algo que habría sido impensable hace apenas una década.

En este breve análisis no puede faltar el factor económico. En términos de Paridad por Poder Adquisitivo (PPA), las cinco mayores economías mundiales, según el FMI, son las siguientes: 1) China: 43,5 billones; 2) EEUU: 31,8 billones; 3) India: 19,1 billones; 4) Rusia: 7,3 billones; 5) Japón: 6,9 billones. China, India y Rusia son los países fundadores de los BRICS. Haciendo suma de las diez mayores economías del mundo, encontramos que los BRICS generan 75,1 billones de dólares, conformando el primer grupo en la economía mundial. EEUU, Japón, Alemania, Francia y Reino Unido, que son la espina dorsal del atlantismo, producen 54,3 billones de dólares. China cerró 2025 con un superávit comercial récord de 1,2 billones de dólares. EEUU cerró 2025 con un déficit comercial de 901.500 millones de dólares. La deuda pública de EEUU es de 38,3 billones de dólares; la de China, de 18,7 billones de dólares.

Comparando la mayor economía europea, que es Alemania, con Rusia, los resultados son aleccionadores. Alemania, en 2025, obtuvo un superávit comercial de 169.400 millones de dólares. Rusia, con una guerra que lleva cuatro años y sometida a más de 26.000 medidas sancionadoras, logró un superávit de 101.700

millones de dólares. Otro dato ilustrativo son las reservas de divisas. Las reservas de Rusia alcanzaron, en 2025, un máximo histórico de 833.572 millones de dólares, por 562.209 millones las reservas internacionales de Alemania, sin guerra ni sanciones. A las reservas rusas deben sumarse los 300.000 millones de dólares que los países atlantistas tienen congelados a Rusia.

Los datos económicos lo dicen casi todo. El siglo XXI será el siglo de Asia. Sin duda.

Carlos Berzosa: En el momento en el que nos encontramos en la era de Trump se puede afirmar que se ha acabado el viejo orden internacional, pero que el nuevo es realmente incierto y no acaba de nacer. Se vive más bien en el desorden económico internacional. Trump ha puesto patas arriba la economía mundial, y la inseguridad, incertidumbre y miedo se apodera cada vez más de millones de personas a lo largo y ancho del mundo. Otra recesión económica, acompañada del crecimiento de la inflación, se asoma por el horizonte más inmediato en un siglo caracterizado por las crisis. La crisis financiera de 2008, las políticas de austeridad, la pandemia, la guerra de Rusia y Ucrania, y el caos actual son los hechos más relevantes que marcan al primer cuarto del siglo actual. El mundo en general se encuentra paralizado frente a esta actitud suicida de Trump. Por esto es por lo que resulta casi imposible hacer predicciones de futuro en este contexto, aunque sí se pueden analizar las tendencias que se han ido dando hasta nuestros días.

En principio, lo que resulta importante aclarar es qué es lo que se entiende por el fin del viejo orden. Este orden nació en la década de los setenta del siglo pasado, cuando la crisis que se produjo entonces dio por finalizado parte del orden internacional de posguerra. El neoliberalismo sustituyó al keynesianismo, finalizó el pleno empleo y un cierto grado de cohesión social, los sistemas impositivos fueron más regresivos, y se desregularon los mercados. Quedaron en pie los organismos y acuerdos multilaterales creados al fin de la Segunda Guerra Mundial, si bien en esta nueva etapa con una orientación neoliberal. Así como el enfrentamiento, aunque por poco tiempo, entre el Este y Oeste. Todo ello dio paso a un menor crecimiento del que había habido en el periodo anterior (1945-1973), a la vez que aumentaba la desigualdad en el interior de los países desarrollados, y aumentaba la precariedad en el trabajo.

Dos hechos muy importantes en este periodo fueron, por un lado, el derrumbamiento del modelo soviético y países satélites, que inician la transición hacia el

capitalismo, y, por otro lado, la aparición en escena con gran empuje de los países emergentes. Países con índices de crecimiento muy elevados y que comienzan a exportar bienes industriales a los países desarrollados. Se rompe la tradicional división internacional del trabajo entre países desarrollados exportadores de productos industriales y países subdesarrollados exportadores de productos agrarios y mineros. Se genera una nueva división internacional del trabajo. El nuevo dinamismo industrial, sobre todo de los países asiáticos, va a suponer un desplazamiento de la industria del Norte del sistema hacia el Sur, produciéndose la desindustrialización de los países tradicionalmente avanzados.

En Asia, tras Japón, siguieron Corea del sur, Taiwan, India y China. La división Norte Sur no ha dejado de existir, pero su composición ha cambiado notablemente. De modo que el Sur se ha hecho más heterogéneo, en cuanto a nivel de desarrollo y las instituciones políticas. Han emergido con mucha fuerza países como China, India, y Brasil. Pero destaca con diferencia China, de manera que resulta difícil clasificarla en el Sur. Algunos autores lo hacen, y lo consideran como el principal líder de este bloque. De hecho, se sitúa junto con Rusia y Estados Unidos entre las tres grandes potencias, pues son las que juegan el papel más importante en el tablero internacional. Estados Unidos que ha venido sufriendo un declive comercial desde la década de los setenta, con un déficit de la balanza comercial elevado, sigue siendo una gran potencia militar y a la cabeza en investigación. Rusia, por su parte, no tiene una economía competitiva, aunque sí militar al poseer armas nucleares. Se está, por tanto, ante un conflicto inter imperialista, con el fin de controlar fuentes de energía y materiales necesarios para las nuevas tecnologías, sobre todo para la inteligencia artificial.

Lo que nos deparara el futuro es difícil de predecir. Lo que realmente demuestra la política de Trump con los aranceles y las intervenciones militares es un síntoma de debilidad más que de fortaleza. Rusia tiene un afán imperialista en relación con los países que fueron parte de la URSS. Otra cosa es que consiga sus objetivos tras el fracaso que está teniendo en Ucrania. China es el gran misterio. Todo va a depender del desenlace de la guerra de Ucrania, Irán, y otros lugares. En todo caso, todo parece apuntar que cada vez más van a tener un protagonismo creciente China e India, con un Estados Unidos y Rusia, imperialistas antiguos, en decadencia y con una Unión Europea en un segundo plano internacional. Un Sur global desunido, y organismos económicos internacionales necesitados de una gran reforma.

PAPELES: Y, en concreto, ¿cuál es la posición de China en estos acontecimientos?

Inés Arco Escriche: En los últimos meses, las referencias al marxista italiano Antonio Gramsci se acumulan: nos encontramos en un momento de transformación del orden internacional, donde «el viejo mundo se muere y el nuevo está aún por llegar». La metáfora del viejo mundo nos redirige al orden internacional liberal que, en palabras del teórico John Ikenberry, está definido por la «apertura económica, instituciones multilaterales, cooperación en materia de seguridad y solidaridad democrática» bajo la hegemonía estadounidense tras la Guerra Fría. Irónicamente, el principal constructor de este orden se perfila ahora como la mayor amenaza a sus pilares. El nuevo mundo, en cambio, sigue siendo una incógnita.

En este contexto, ¿cómo se posiciona China, la otra superpotencia, en relación con el orden internacional y su futuro? Los órdenes internacionales tienden a reflejar las prioridades de los actores con mayor poder, por lo que resulta fundamental conocer los intereses centrales de Beijing: la defensa de su soberanía e integridad territorial y la continuidad de su desarrollo económico, ambos necesarios para garantizar la supervivencia y el dominio del Partido Comunista de China.

Estos intereses han generado una dualidad en el posicionamiento chino. Por una parte, las élites chinas se oponen a aquellos aspectos que erosionan sus intereses: la hegemonía occidental, el liberalismo político (como la democracia o los derechos políticos y civiles) y ciertos elementos del liberalismo económico que implicarían una mayor apertura de su capitalismo de Estado. Por otra parte, China reconoce los beneficios del entramado institucional que ha facilitado su reemergencia, como el sistema de Naciones Unidas –que le otorga un papel fundamental en el Consejo de Seguridad y codifica los principios westfalianos de soberanía y no interferencia– o el orden económico de libre comercio, que sostuvo su milagro económico de las últimas décadas.

¿Qué tipo de orden desea entonces Beijing? En primer lugar, un orden sin la supremacía de Washington. La retórica oficial china defiende un mundo multipolar y la «democratización de las relaciones internacionales», es decir, el fin de la hegemonía occidental y una participación más plural e inclusiva –especialmente del Sur global–, en la que China ocupe una posición de primero entre iguales.

En segundo lugar, esta erosión de la hegemonía estadounidense debe ir acompañada de un debilitamiento de los principios liberales que han apuntalado el dominio occidental. En lugar de solidaridad democrática, Beijing aboga por un soberanismo estricto y un relativismo estatal que permita a cada país elegir su propio sistema político y económico. Esto no implica que Beijing quiera promover un modelo autoritario de gobernanza, sino una mayor acomodación de la diversidad política y la reafirmación de la no interferencia en asuntos internos, uno de los principales principios de su política exterior.

China tampoco busca la subversión de la red de instituciones y normas construidas por Estados Unidos y sus aliados. Más bien, adopta una posición pragmática de conformidad o contestación según le convenga: apoya el régimen climático y se presenta como adalid del libre comercio, pero se opone a una gobernanza de internet multinivel y promueve instituciones paralelas –como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras– para garantizar una representación a la altura de sus capacidades materiales.

Con todo, es importante subrayar que China no es Estados Unidos. Las alianzas militares o el apoyo directo a socios en crisis están fuera de la mesa, como demuestra su respuesta ante las acciones de Washington contra Maduro o en Irán, aunque pueda existir una cierta flexibilidad en casos como el de Rusia. Su contribución a los bienes públicos globales se limitará al desarrollo a través de la cooperación económica –ejemplificada en su Nueva Ruta de la Seda–, al liderazgo en energías renovables o a la participación en iniciativas de seguridad respaldadas por Naciones Unidas, como las operaciones de mantenimiento de paz o sanciones contra Corea del Norte.

El orden ideal de China no es, por tanto, un orden nuevo, sino un orden conservador que retorna a principios westfalianos y preserva aquellas estructuras multilaterales que benefician a Beijing. Algunas de estas ideas han sido codificadas en propuestas normativas que China ha ido construyendo desde 2021, como la Iniciativa de Gobernanza Global presentada en septiembre de 2025. Sin embargo, cualquier propuesta para el nuevo orden necesitará legitimidad y reconocimiento internacional. ¿Conseguirá Beijing apoyo para este orden reformado cuando su principal rival parece comprometido a la destrucción total de los pilares del viejo orden?

Bloque 6. Un orden internacional cada vez más violento

PAPELES: ¿Segunda Guerra Fría o Tercera Guerra Mundial?

José Luis Gordillo: Contestar a la primera parte de la pregunta nos lleva a plantearnos otra concomitante: ¿alguna vez concluyó, de verdad, la Guerra Fría del siglo XX, o solo hubo un período de distensión al que siguió una nueva etapa de tensión y competición armamentística? A los lectores de las «Notas sobre el exterminismo, la última etapa de la civilización»,⁴ del historiador inglés E.P. Thompson, les puede resultar bastante fácil pensar que, desde el momento en que la distensión de los últimos quince años del siglo XX no se aprovechó para disolver *los dos* bloques militares y dismantelar sus respectivos complejos militares industriales, las dinámicas propias de la Guerra Fría continuaron a pesar de todas las transformaciones políticas y económicas ocurridas tras la implosión de la URSS. La desastrosa expansión de la OTAN hacia las fronteras rusas y la brutal respuesta del Kremlin para intentar contenerla, serían una buena demostración empírica de ello.

Sobre la segunda parte de la cuestión, la utilización del concepto «Tercera Guerra Mundial» puede ser polémica por tremendista. En mi opinión, se podría utilizar con toda propiedad si se llegase a producir un enfrentamiento militar *caliente* y a gran escala, con decenas de millones de muertos, entre las grandes potencias, tal y como ocurrió en las dos guerras mundiales anteriores.

En el contexto actual, un acontecimiento de estas características, que con bastante probabilidad incluiría el uso de armas nucleares, solo puede ocurrir como resultado de la radicalización de la confrontación entre Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, por un lado, y Rusia y China, por el otro. Por eso, el conflicto más peligroso de todos los existentes es la guerra *indirecta* entre la OTAN y la Federación Rusa en el este de Europa, calificado como «la guerra de Ucrania» o «la guerra de Putin» por los medios atlantistas con la finalidad de ocultar la responsabilidad occidental en su génesis y continuidad.

Que sea el más peligroso no significa que sea el único. Otros, como el provocado por la agresión a Irán por Estados Unidos e Israel, también pueden llegar a ser la chispa que encienda el polvorín. Basta pensar que en este caso los agresores son

⁴ E. P. Thompson, «Notas sobre el exterminismo, la última etapa de la civilización», en *Opción cero*, Crítica, Barcelona, 1983, pp. 72-119.

dos estados con armas nucleares y que su acción criminal ha tenido como respuesta el cierre del estrecho de Ormuz, con todas las consecuencias de alcance planetario que eso está comportando.

Esa hipotética Tercera Guerra Mundial sería el resultado de la guerra global que está impulsando Estados Unidos para revertir su declive como primera potencia mundial, el cual comenzó hace unos quince años. Esta guerra se está librando en varios frentes repartidos por América, Europa, África y Asia. Las intervenciones estadounidenses en ellos persiguen tanto la revitalización de la hegemonía occidental como crearle problemas a China, la pieza de caza mayor de dicha guerra global. Recordemos que las agresiones a Venezuela y a Irán, además de otros fines, también se han hecho con el propósito de dificultarle a China el acceso al petróleo, después de que esta respondiese con la restricción de exportación de tierras raras a la imposición de aranceles del 100%. En el pasado, muchas guerras han estado precedidas de políticas de hostigamiento comercial y/o de estrangulamiento energético.

La Tercera Guerra Mundial no es inevitable. Puede impedirse si se ponen todos los palos posibles en las ruedas de las maquinarias militares de las principales potencias, empezando por la del imperio occidental, que es la principal responsable de la situación crítica en la que estamos. Los gobiernos y las organizaciones internacionales deben actuar en favor de la paz. Las poblaciones deben echarse a las calles para exigir la reversión de las políticas de rearme y de preparación de la guerra. En Europa, eso exige sentarse a negociar con la Federación Rusa, como han propuesto recientemente Emmanuel Macron y Giorgia Meloni y romper los vínculos militares con los Estados Unidos.⁵

PAPELES: ¿Las agresiones a las que asistimos son capítulos de una única guerra?

Rafael Poch-de-Feliú: Sin duda. Todo forma parte de una misma acción para impedir militarmente el ocaso de la hegemonía americano-occidental en el mundo amenazada principalmente por el incremento de la potencia china. El tamaño y vigor de la economía china han creado un polo gravitatorio mundial sin comparación con lo que suponía la URSS para el mundo en la Guerra Fría. No es un problema que pueda resolverse militarmente.

⁵ María R. Sahuquillo, Marc Bassets y Andrea Rizzi, «Macron y Meloni piden reabrir el diálogo directo con Putin», *El País*, 16 de febrero de 2026.

En noviembre de 2023 el vicesecretario de Estado para Europa y Eurasia en la primera administración Trump, Aaron Weiss Mitchell, dijo que Estados Unidos podría perder una guerra si tuviese que actuar en tres frentes simultáneamente, porque en tal caso, «Estados Unidos tendría que ser fuerte en cada uno de los tres escenarios bélicos, mientras que sus tres adversarios, China, Rusia e Irán, solo tienen que ser fuertes en su propia región para alcanzar sus objetivos». Así que optaron por transferir parcialmente la asistencia al conflicto de Ucrania a los europeos, concentrarse en Irán, el más débil de los tres, y continuar preparándose para lidiar con China más tarde. Un editorial de *The Wall Street Journal* recordaba en marzo a propósito de Irán que «hay que dar a entender a China y Rusia que ponernos a prueba sale caro». Cada frente tiene su propia intensidad en cuanto a nivel de violencia, pero la unidad de propósito salta a la vista.

En Ucrania se trata de debilitar a Rusia, fundamental socio de China. En Venezuela se trata de privar a China del acceso a importantes reservas energéticas y recursos latinoamericanos. Irán es el eslabón fundamental de la integración euroasiática, con sus corredores energéticos y de transporte este/oeste y norte/sur. También es un importante proveedor de petróleo a China. Se quiere hacer con Irán lo que se hizo con Siria: eliminar un estado soberano e independiente y sustituirlo por la habitual mezcla de régimen sometido y agujero negro, lo que cuadra con el loco y suicida proyecto israelí para la región. Respecto al propósito general, en la última Conferencia de Seguridad de Munich, el secretario de Estado Marco Rubio lo formuló de la forma más clara al decir que de lo que se trata es de prolongar los quinientos años de dominio occidental del mundo, afirmación que fue claramente aplaudida por los vasallos europeos. Para este propósito se está validando e institucionalizando el *modus operandi* de Gaza.

Europa participa en esta guerra de forma cada vez más directa, con sanciones a Rusia, Irán y China, apoyo a operaciones especiales y atentados personales en la retaguardia rusa, financiando y armando a Ucrania y abordando buques de transporte de recursos rusos en el Báltico y el Mediterráneo. Suecos, franceses, británicos y bálticos participan en el acoso y marcaje de los barcos cargueros y los militares ingleses han sido autorizados a abordar buques rusos. Hay contratos en marcha para producir armas ucranianas en naciones europeas, entre ellas España. Respecto al frente iraní, el centro de mando del operativo americano está en Ramstein (Alemania). Los bombarderos de Estados Unidos despegan para sus misiones de Fairford (Inglaterra). Las operaciones de reabastecimiento tienen base

en Aviano (Italia) y Le Tubé (Francia). La base de Lajes, en Azores (Portugal), es etapa importante de la logística militar transatlántica y los aviones espía operan desde la base cretense de Souda (Grecia) y Akrotiri (Chipre). Desde Chipre la aviación inglesa colaboraba con Israel en la masacre de Gaza. La Unión Europea la cubrió y justificó hasta donde pudo.

China ya está superando a Estados Unidos en muchos parámetros de potencia, calidad de gobernanza y en pocos años también en lo militar. La ansiedad que esto crea explica el recurso a un belicismo con crudas imágenes de genocidio y una incontinencia declarativa exenta de cualquier adorno ideológico. Saltan por los aires todos los tradicionales maquillajes del imperialismo como la «defensa del mundo libre», los «derechos humanos», la «responsabilidad de proteger» o el «mundo basado en reglas» alternativas al derecho internacional. Ahora se trata de puro gangsterismo de recursos y cruda violencia asesina.

En Irán Washington ha provocado, además, las condiciones para una recesión económica internacional, lo que perjudica a todos, incluidos sus aliados en el Golfo Pérsico, en Europa y Asia, además de a la propia economía de Estados Unidos.

En la misión imposible de mantener su hegemonismo e ignorar la realidad de un mundo que ya es multipolar, Occidente evidencia que la bestia morirá matando y se retrata como el principal peligro para la paz, la cooperación internacional y la viabilidad planetaria amenazada por los retos del siglo.

PAPELES: ¿Cómo interpretar ese supuesto nuevo orden desde la escalada militarista a la que asistimos?

Pere Ortega: Desde finalizada la Segunda Guerra Mundial, ha habido diversos órdenes mundiales: el bipolar entre Estados Unidos y la URSS tras el final de aquella guerra; el unipolar de Estados Unidos después de la Guerra Fría en 1991; el actual, heredero del que surgió tras el 11 de septiembre de 2001, que dio paso a la «guerra contra el terrorismo» y a las múltiples guerras que le sucedieron: Afganistán, Irak, Libia, Somalia o Siria. Este último puede considerarse multipolar debido a la incorporación de las potencias emergentes de los BRICS.

Sin embargo, este orden multipolar se ha visto bruscamente amenazado por la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos, cuyas políticas unilaterales pretenden alterar el orden establecido tras la Segunda Guerra Mundial.

Si bien es cierto que muchas de las arbitrariedades cometidas por este presidente no difieren tanto de las llevadas a cabo por algunos de sus antecesores –ya que varios de ellos iniciaron guerras ilegales que violaban el derecho internacional–, Donald Trump ha ido más lejos añadiendo nuevos rasgos, como se desprende de la reciente Estrategia de Seguridad Nacional (ESN), en la que se establecen diversas prioridades. La más alarmante es la afirmación de que la paz mundial se impondrá mediante el uso de la fuerza. Esto se ha evidenciado en acciones como los bombardeos en países como Siria, Yemen o Nigeria; el apoyo al genocidio de Israel en Gaza; o iniciando una guerra junto a Israel contra Irán que pone en peligro toda la economía mundial, incluida la de Estados Unidos.

Otro signo de la ESN es el desprecio hacia las instituciones globales. La administración Trump ha arremetido contra la mayoría de los organismos que regían el orden internacional: se ha retirado de 66 agencias internacionales; ha creado un nuevo organismo, la Junta de Paz, presidido por él mismo que pretende substituir a Naciones Unidas y ha impuesto aranceles de forma unilateral a distintos países.

Aplicado de manera explícita con su deseo de anexión de otros países: a Panamá, porque desea apropiarse de su canal; a Venezuela, lo bombardea y secuestra a su presidente Nicolás Maduro, a quien acusa de narcotraficante, con el propósito de apoderarse de su petróleo; a Canadá, le demanda que se una a EEUU; o las amenazas a México, Colombia y Cuba, a esta última, aumentando el bloqueo para hundir su economía y régimen político.

Una ESN que declara a China su rival sistémico pues ha erosionado la hegemonía económica y política de EEUU en el mundo, y centra su principal atención en la región del Indo Pacífico para, así, erosionar a China. En otro punto, desprecia a Europa a la que percibe como una competidora desleal por imponer restricciones a sus exportaciones, mientras que a Rusia le reconoce cierto margen de influencia en su entorno geográfico.

No obstante, lo verdaderamente alarmante del contexto actual, es observar cómo una parte de la ciudadanía atiende a los discursos de líderes nacionalistas de extrema derecha que tienen como máximo líder a Donald Trump. Unos líderes que promueven discursos excluyentes, xenófobos y patriarcales con muchas cosas en común con los movimientos fascistas de los años treinta del siglo pasado. Además, cuestionan la democracia y acusan a los gobiernos de malbaratar recursos en sistemas sociales que consideran ineficientes.

En conjunto, estos partidos con Donald Trump a la cabeza pretenden debilitar el derecho internacional, los derechos humanos, la justicia social y la democracia que, aunque imperfectos, han constituido la base del Estado de bienestar surgido tras la Segunda Guerra Mundial. Un neofascismo que puede conducir a más guerras periféricas o a una confrontación directa con China o Rusia que desembocara en una guerra mundial, sin descartar la utilización de armas nucleares. Ante ello, no cabe otra salida que desprenderse del yugo de Estados Unidos y abogar por una neutralidad que nos aleje de la guerra.

PAPELES: ¿Qué tipo de guerras surgen del abrumador poder tecnológico militar que están desplegando los EEUU?

Tica Font: La guerra de Ucrania ha sido un laboratorio de experimentación de nuevas armas y tecnologías de la guerra. El ejemplo más significativo es el desarrollo y uso de Sistemas de Aeronaves Pilotadas Remotamente (RPAS), en el inicio de la guerra Ucrania carecía de este tipo de armas, la guerra unió fuerzas civiles que adaptaron drones de uso comercial para llevar a cabo misiones de reconocimiento o corrección del fuego de artillería, llegando a crear enjambres de pequeños drones comerciales adaptados para uso de inspección o ataque. Con el tiempo impulsaron esta tecnología, a través de su industria militar, desarrollando drones autónomos que les permitan operaciones de ataque de mayor precisión, mayor control de las operaciones terrestres, aumento de medidas de guerra electrónica. En definitiva, el uso de drones de bajo coste, fácil producción consiguió que el espacio aéreo fuera más accesible a los ejércitos más débiles.

Ucrania no tiene satélites de inteligencia militar, sino satélites de EEUU, europeos y comerciales de empresas como Maxar, Planet o SpaceX, usando fuentes abiertas, permitieron a los analistas monitorizar los movimientos. Proporcionaron imágenes de 30 cm a 3m de resolución, permitiendo identificar vehículos, evaluar daños o identificar posiciones. La unión de vigilancia satelital junto con el uso de drones de reconocimiento y seguimiento permitieron atacar la flota marítima rusa en el Mar Negro.

Durante la guerra de Ucrania se ha empleado tecnología civil como la herramienta OSINT⁶ para contrarrestar la narrativa rusa, geolocalizaban soldados rusos en suelo ucraniano usando fotografías de perfiles en redes sociales, Twitter, TikTok,

⁶ OSINT (Inteligencia de Fuerzas Abiertas) se refiere a la Inteligencia derivada del proceso de obtención de información a partir de fuentes de acceso público y de carácter no clasificado, como medios de comunicación, redes sociales, etc.

Vkontabe, Telegram. Esta práctica fue evolucionando del activismo social a un uso sistemático por Defensa que lo combinaba con la IA de empresas civiles con el mismo fin, seguimiento e incluso ataque.

A todo ello hay que destacar la generación de sistemas de gestión del campo de batalla (BMS), la aplicación de estos sistemas ha reducido el ciclo OODA (Observar, Orientar, Decidir y Actuar) a menos de un minuto. Finalmente, hay que destacar el papel multiplicador de la IA, que fusiona y analiza ingentes cantidades de datos como: detección, reconocimiento de equipamientos, análisis de patrones de actividad y selección de objetivos y atacar. Empresas como Palantir integra datos de diferentes fuentes o la empresa de IA Griselda procesa datos de satélites, UVAs y redes sociales en tiempo real, ofreciendo información a los órganos militares en menos de 30 segundos.

En Ucrania, Gaza, Venezuela, Irán vemos como los drones y la IA es usada para para designar objetivos a batir. Este tipo de decisiones hasta hace muy poco se tardaba días en tomar; ahora se toman en minutos. Estamos observando como las tecnologías empiezan a desplazar al ser humano en la toma de decisiones de objetivos. Cada vez los sistemas están siendo más autónomos de los humanos.

En la medida que es la IA la que marca los objetivos militares se abren muchos interrogantes sobre la responsabilidad de los errores, cuando los propios diseñadores no pueden comprender ni explicar las decisiones o los errores de la IA.

El otro factor muy alarmante radica en la dificultad de distinguir entre ámbito civil y militar, qué bienes son civiles y qué bienes son militares. Irán ha atacado un centro de datos de Amazon en EUA y Bahréin. En el DIH esta diferenciación es imprescindible. Lo mismo ocurre con las normas de proporcionalidad y la protección de infraestructuras civiles. Las guerras se están volviendo más rápidas, más automatizadas, más basadas en datos y menos juicio humano. En términos éticos, las decisiones sobre la vida y la muerte se toman a velocidad de la IA y que son opacas para los humanos.

Ante límites cada vez más difusos, es más urgente mantener firmes los principios y las normas del DIH. Estas normas no pueden ser opcionales, son fundamentales para preservar una humanidad compartida. La tecnología puede reconfigurar las formas en que se libran las guerras, pero las causas y las víctimas son las de siempre.

Bloque 7. Nuevo orden y crisis ecosocial

PAPELES: ¿Lo que vivimos se puede interpretar como los síntomas mórbidos de la descomposición de la civilización industrial capitalista?

Jorge Riechmann: Hoy no resulta exagerado hablar de *contrailustración*: nos arrastran hacia una Edad Oscura de fascismo fosilista, devastación de la biosfera, precarización existencial, fundamentalismo tecnológico y soledad interconectada. Gregorio Luri escribe en Twitter/ X (en marzo de 2026): «Pues yo veo lo de Irán –el brutal, ilegal e ilegítimo ataque de EEUU e Israel– y me recuerda a Tucídides. El mundo es lo que ha sido siempre». Ya, lo que ha sido siempre –si nos olvidamos de las armas nucleares, el pico del petróleo, la crisis de abastecimiento de otros recursos básicos, el ejército israelí usando IA para perpetrar sus crímenes de guerra, los drones cambiando la estructura de los conflictos bélicos, el fracaso de Naciones Unidas, un orden sociopolítico fascista que va ganando terreno en EEUU y otros lugares, la sobrepoblación humana, el ecocidio... ¡Todo igual que ha sido siempre! ¿Realmente el pensamiento conservador no puede producir nada mejor que esta simpleza? Decir que podemos aprender mucho releendo a Tucídides es un buen consejo, pero decir que el mundo es el mismo que en tiempos de Tucídides resulta ridículo.

«Estamos en un barco que hace agua por todos lados», declara un famoso novelista, refiriéndose –como sucede casi siempre– a nuestras crisis intramuros: economía, democracia, geopolítica. De manera típica, ignora lo más importante: el iceberg extramuros (clima, ecosistemas, abastecimiento de energía y materiales) contra el que nuestro buque va a chocar.

El horror descarnado de Trump y Netanyahu, ¿no desvela la verdad de aquel tiempo que a muchos les parecía una época de afortunado progreso neoliberal y posmoderno en un mundo dominado por el Imperio del Norte –1991 a 2008, si quisiéramos periodizar– En aquellos años mucha buena gente (y mucha gente mala también, claro está) se hizo la ilusión de que habían quedado definitivamente atrás los «infiernos del siglo XX» (expresión recurrente en los ensayos del gran poeta polaco Adam Zagajewski, por ejemplo), sin darse cuenta de que estaban preparándose los infiernos –verosímilmente aún peores– del siglo XXI. En los años de «globalización feliz», bajo la égida del *monoteísmo del mercado* (Roger Garaudy), se estaban cocinando a fuego lento estas aberraciones.

Estamos viviendo tiempos de pérdidas. Enormes, dolorosas, insoportables. Pero este es nuestro tiempo: y hemos de asumirlo —abrazar con amor las pérdidas— sin ceder ni un ápice al nihilismo. *Everybody knows the world's gone wrong*, canta Lucinda Williams. Sí, diría que un diagnóstico como «síntomas mórbidos de la descomposición de la civilización industrial capitalista» da en el blanco. Una desesperanzada carta al director, en prensa, concluye así: «alguien deberá reaccionar alguna vez». Pero no es eso: tú, yo, nosotros hemos de reaccionar ahora.

PAPELES: ¿Lo que está aconteciendo se puede interpretar como los síntomas mórbidos de las contradicciones de un modo de vida imperial?

Ulrich Brand: Uno de los síntomas mórbidos es el creciente desprecio hacia lo que se entiende por «orden basado en normas». Ahora bien, este orden nunca ha sido democrático, igualitario ni adecuado para resolver los problemas, sino que siempre ha estado dominado por los países del Norte global con el fin de asegurar su posición. Para muchas sociedades esto suele significar empobrecimiento, falta de perspectivas, destrucción ecológica y, en algunos casos, también guerra. Esto ocurre, sobre todo, desde que en la década de 1980 las políticas neoliberales se impusieran también en muchos países del Norte global. El politólogo canadiense Stephen Gill ha denominado a una de las dimensiones de este proceso como «constitucionalismo global» o «neoliberal». Con ello se refiere a que hubo intentos de establecer un orden «basado en normas» dominado por los intereses del Norte: por ejemplo, con la fundación de la Organización Mundial del Comercio a mediados de la década de 1990. Y no debemos olvidar que también el sistema neoliberal de la UE, basado en el Tratado de Lisboa de 2007, se basa en «normas». Sin embargo, este viejo orden mundial dio cierta seguridad en las previsiones y en la planificación. Pero ni siquiera este orden neoliberal funciona ya, porque ahora se impone una política de poder unilateral, especialmente por parte de los regímenes de EEUU y Rusia.

Otro síntoma mórbido es la incapacidad de los países del Norte global de enfrentar la crisis climática. Es un punto de inflexión, la cooperación internacional no funciona. El capitalismo moderno, tal y como lo conocemos desde hace 200 años, debe adaptarse al hecho de que los cambios climáticos cada vez más drásticos —sequías, inundaciones, tormentas más violentas— dificultan la estabilización. Los costes que supone hacer frente y eliminar las consecuencias de estos fenómenos son cada vez mayores. Hasta ahora, el capitalismo —o más bien las fuerzas económicas y políticas que lo controlan— se ha basado en gran medida en la fuerte externalización de las consecuencias negativas, tanto espacialmente a otras regiones como tem-

poralmente al futuro. Debido a la competencia de los países emergentes, sobre todo de China, pero también de la India y otros países, esta práctica habitual de los antiguos países industrializados de externalizar espacialmente se ve cuestionada. La externalización sigue teniendo lugar, pero es objeto de una mayor competencia. La actual política internacional agresiva del gobierno estadounidense, que viola el derecho internacional, es una manifestación de esta competencia, en la que Estados Unidos ya no domina económicamente como antes.

Junto con Markus Wissen, propongo entender los rasgos mórbidos del orden internacional como «tensiones ecoimperiales». Nuestro argumento es que el capitalismo se está volviendo más autoritario y conflictivo, y genera estas tensiones. En primer lugar, porque la crisis climática también ha llegado al Norte y provoca cada vez más inestabilidad y enormes costes; en segundo lugar, porque el acceso a las materias primas es cada vez más disputado y, en tercer lugar, porque existe una sobreproducción permanente a nivel mundial con los consiguientes problemas de comercialización. Esto también está relacionado con las políticas de austeridad, que limitan las posibilidades de consumo de amplios sectores de la población. Esto conduce a tensiones latentes que, en determinadas circunstancias, desembocan en conflictos violentos que pueden llegar incluso a la guerra.

En todo ello se manifiestan las contradicciones del modo de vida imperial. Con el concepto «modo de vida imperial» queremos señalar que, además de las estrategias de actores poderosos como gobiernos o grandes empresas, la expansión del capitalismo está muy relacionada con el hecho de que tiene lugar en la vida cotidiana de las personas, y también en la vida laboral. No se trata, por tanto, de una mera crítica al consumo. Las personas dependen de un salario y trabajan en la industria automovilística, en el transporte aéreo o en otros sectores asociados a elevadas emisiones. Y toman alimentos producidos de forma capitalista, o compran ropa fabricada en otros lugares en condiciones críticas. En nuestro entendimiento, «imperial» no significa «imperialista» como estrategia política, sino una explotación de la naturaleza y la mano de obra baratas en otros lugares, ya sea en la propia sociedad o a escala mundial. En relación con la pregunta que me ha planteado la redacción de la revista *Papeles*, se podría decir que la civilización capitalista, basada en un modo de vida y de producción imperial, socava sus propios cimientos. Esto se está volviendo cada vez más violento.

Una última característica del carácter mórbido del orden mundial actual es el hecho de que, en la actualidad, hay poca oposición al capital fósil y a sus aliados políticos.

Esto es una expresión de la debilidad de las fuerzas políticas progresistas, pero también de la falta de alternativas sociales para un futuro mejor. Predomina la falsa disyuntiva entre el *business as usual* neoliberal y los proyectos de derecha autoritarios, misántropos y antiecológicos. Incluso el proyecto de una modernización ecológica del capitalismo está bajo presión. Parto de la base de que el «fossilismo» provocará más colapsos, en el sentido de un colapso temporal de los sistemas de suministro. Actualmente no hay ideas relevantes para un orden mundial solidario, aunque lo necesitamos urgentemente.

Manuel Monereo es analista político.

Jose Antonio Estévez Araujo es Catedrático de Filosofía del derecho en la Universidad de Barcelona.

Renán Vega Cantor es investigador independiente, Colombia.

Tahina Ojeda Medina es profesora de la Universidad Complutense de Madrid.

Ruth Ferrero Turrión es Profesora de Ciencia Política y Estudios Europeos en la UCM e Investigadora Adscrita en el Instituto Complutense de Estudios Internacionales en la Universidad Complutense (ICEI-UCM)

Ignacio Álvarez-Ossorio es profesor titular de Estudios Árabes e Islámicos en el Departamento de Lingüística y Estudios Orientales de la Universidad Complutense de Madrid. Director de la revista *Anaquel de Estudios Árabes* de la UCM y codirector del Grupo de Investigación Complutense sobre el Magreb y Oriente Medio (GICMOM).

Isaías Barreñada es profesor de Relaciones Internacionales en la UCM e investigador adscrito al Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI). Codirector del Grupo de Investigación Complutense sobre el Magreb y Oriente Medio.

Augusto Zamora fue embajador de Nicaragua en España y es profesor de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Madrid y en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, además de autor de diversos libros.

Carlos Berzosa catedrático de Economía Aplicada y exrector de la Universidad Complutense de Madrid.

Inés Arco Escriche es investigadora principal de CIDOB.

José Luis Gordillo es profesor Titular de Filosofía del Derecho de la Universidad de Barcelona.

Tica Font es experta en economía de defensa, comercio de armas, presupuestos de defensa, industria militar, nuevas armas y seguridad. Fundadora del Centre Delàs de Estudios por la Paz, organización en la que sigue colaborando.

Pere Ortega es presidente honorario del Centre Delàs de Estudios por la Paz e investigador y analista en temas de paz, noviolencia, desarme y conflictología.

Rafael Poch-de-Feliú es periodista y escritor, especializado en política internacional, Rusia, Alemania y China.

Jorge Riechmann es profesor de filosofía moral y política en el Universidad Autónoma de Madrid.

Ulrich Brand es profesor de Política Internacional en la Universidad de Viena. Sus áreas de investigación son la crisis de la globalización liberal, la política internacional sobre medio ambiente y recursos, los procesos de transformación socioecológica, América Latina y el modo de vida imperial. Su libro *Modo de Vida Imperial* (con Markus Wissen, Tinta Limón, Buenos Aires 2021) ha sido traducido ya a 13 idiomas.